

Putas por narices

Nací para puta o payaso, escogí lo difícil: ser puta. Y no porque me llamara especialmente la atención tan sacrificado e ingrato oficio, sino porque en la España de 1941 las opciones de aspirar a algo más que a las sobras de un guiso de cuero y huesos, de vete tú a saber qué animal, eran bastante limitadas. Fue por ello por lo que finalmente decidí renunciar a mi sueño pueril de ser payaso y despojarme de una parte de mi dignidad, permitiendo que un rebaño de almas hambrientas e inertes, como la mía, desfilaran impudorosas entre los pliegues de mis piernas. Sucumbir al espectáculo de la carne sucia y melancólica parecía la única opción de futuro para mí. O al menos eso era lo que creía mi padre, que mientras se marchaba escoltado por dos señores de tez grisácea, dejó que sus ojos se acristalaran de pena. Justo antes de que desapareciera para siempre, me entregó una caja de madera mohosa:

—Ábrela solo cuando me hayas perdonado.

En los meses siguientes jamás pude abrirla, pero tampoco me separé de ella. La guardé a buen recaudo hasta que llegara el momento.

Los comienzos fueron duros, aunque poco a poco me fui habituando al olor rancio que emanaba de las pieles con las que me fundía en cada luna. Al cabo de las semanas, comencé a contar las noches que conseguía pasar sin llorar, y al año, me faltaban incluso dedos de la mano para tan pobre suma. Supongo que aquello era lo más parecido a la felicidad que todos buscaban en medio de la gran depresión que impregnaba las calles del viejo Madrid.

Comencé a coger confianza dentro del oficio, y acabé siendo premiada con mi primer ascenso. Pasé de compartir sábanas mugrientas con truhanes y pillos de poca monta a convertirme en dama de compañía para caballeros de alta alcurnia. Aunque las tareas principales que desempeñaba eran básicamente las mismas, se agradecía poder reducir el riesgo de amanecer cualquier día en compañía del tifus.

El nuevo público restaba emoción a mi vida en el sentido expuesto y también ofrecía otro tipo de ventajas. Por ejemplo, me permitía poder entablar conversaciones casi interesantes con aquellos señores tan peripuestos. Ellos tenían cierta cultura y raro era el día que no acababa debatiendo, entre actuación y actuación, sobre poesía o novelas de terror.

Me tomaba con humor mi trabajo y, a veces, mientras escuchaba de fondo la respiración exaltada de mis clientes, me imaginaba a mí misma subida en un escenario, como protagonista de una obra cómica en la que todo el mundo acababa desternillado de risa. Tanto me metía en el utópico papel que poco a poco fui acortando las distancias con cada hombre que me contrataba, tomándome la libertad de ir comentando en voz alta cualquier situación cómica que se diera en aquel habitáculo del amor transitorio. Siempre recordaré la primera vez que me atreví a dar el paso:

- Don Olegario, perdone mi impertinencia, pero con esa panza es seguro que abarcaría usted las dos castillas.

Tal fue la carcajada que soltó Don Olegario que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que había hecho algo útil en mi trabajo. Para mí, desfogar a aquellos hombres sudorosos no era más que pan para hoy y hambre para mañana. Sin embargo, una risa podía ser algo que, repetido en el tiempo, conducía inevitablemente a la felicidad.

Después de aquel episodio, mi confianza creció enormemente. Ya no tanto en la práctica explícita del acto sexual y sus derivados, sino en el ejercicio del chascarrillo inesperado, que generalmente hacía mención a algún aspecto curioso del cliente.

Y así fue como mis tareas laborales habituales se fueron fusionando con la versión más cómica de mi persona. Justo lo que siempre había soñado. Ya casi no me importaba tener que lidiar con las pieles arrugadas y colganderas que cubrían los huesos de aquellos señores. Lo importante era que podía dar rienda suelta a mi ingenio verbal, consiguiendo que los clientes se fueran felices.

La voz comenzó a extenderse entre los asiduos a los lugares más picantones del distrito, e inesperadamente la demanda de mis servicios se disparó. Empecé a tener la agenda diaria repleta de citas con varones que, además del placer carnal, deseaban disfrutar de mi compañía. Llegó un momento, incluso, en el que algunos clientes olvidaban consumir. Solo querían llorar de risa.

Fue en aquel momento en el que decidí que no volvería a derrochar una sola lágrima; ninguna noche más. Sin apenas haberme dado cuenta, me estaba dedicando a lo que siempre había deseado ser.

Una noche me sorprendí a mí misma sentada delante de la caja de madera que mi padre me había entregado antes de su partida. La observé largo rato, indecisa, hasta que fui capaz de extender mis brazos temblorosos y tomarla entre mis manos. Entonces, me sentí con fuerza para abrirla.

“Le perdono, padre”.

Desaté el cordel carcomido que sujetaba la tapa, y la levanté lentamente. Comenzó a vislumbrarse en su interior un objeto de color brillante que me resultaba familiar, y que a todas luces me serviría para dar el salto definitivo a mi nueva vida. Allí mismo, delante de mis ojos, yacía resplandeciente una nariz roja de payaso.